

abrir, comisionó á un individuo norte-americano, que era acreedor á su mayor confianza, el desempeño de un asunto importante. Referido dejó que el general D. Ramon Corona había hecho que se sometieran aparentemente al imperio, varios jefes que estaban subordinados á él, encargándoles que en el instante en que fuesen llamados á prestar de nuevo sus servicios, se presentasen en el sitio que se les señalara. Pues bien, ese instante se aproximaba; y el general D. Ramon Corona envió al expresado norte-americano á que previniese al coronel D. Ignacio Gadea Fletes y al comandante don Celso Cosio, que eran dos de los jefes que se habían sometido, obsequiando sus órdenes, que se preparasen para la campaña. Igual encargo le dió respecto del general D. Perfecto Guzman, que era otro de los aparentemente sometidos, y que se hallaba en Guajicori desde que celebró sus convenios de sumision con el general imperialista D. Manuel Lozada, el día 7 de Mayo, esto es, hacia cinco meses.

Todas estas disposiciones y otras que dictaban en distintos Estados diversos jefes republicanos, están patentizando que, no obstante los constantes descalabros sufridos en la mayor parte de los hechos de armas, estaban resueltos á no ceder en la demanda. Varios generales y jefes que no teniendo elementos para hacer la campaña ó por otros motivos, se habían marchado á los Estados-Unidos, trabajaban allí en crear elementos para el triunfo de su causa. El general D. Jesús Gonzalez Ortega, el que defendió la ciudad de Puebla contra los franceses mandados por el general Forey, era uno de los que, en union

de D. Matías Romero, ministro de D. Benito Juarez en aquella república, procuraba interesar al gabinete de Washington en favor de la causa republicana en Méjico.

También había llegado á los Estados-Unidos, con objeto de dirigirse al campo republicano que combatía en Méjico contra el imperio, el general D. Epifanio Huerta, que había estado en Francia. Arreglados los asuntos que le habían detenido en Europa despues de haber logrado que se embarcasen sus compañeros de armas en San Sebastian, marchó á Nueva-York, de donde fácilmente creyó que podría pasar á su país para combatir por las instituciones republicanas. Inmediatamente dió aviso de su llegada al ministro mejicano en Washington, para que lo pusiera en conocimiento de D. Benito Juarez, y el 7 de Setiembre dirigió una carta á éste, pidiéndole sus órdenes y manifestándole su deseo de volver á su patria para continuar la lucha contra el imperio. D. Benito Juarez le contestó desde Paso del Norte, diciéndole que verificase su entrada en el país por la vía y punto que creyese ménos difícil y peligrosa. «La presencia de V.», le decía, «es de mucha importancia, y si es por los Estados de Guerrero y Michoacan, será mejor; pero como su ida de V. para aquel rumbo depende de la más ó ménos seguridad que haya en el puerto de Acapulco para la entrada, sin caer en poder del enemigo, lo he dejado á la eleccion de V., segun los datos que tenga».

D. Benito Juarez terminaba su carta manifestando lo difícil que era que los imperialistas llegáran hasta el retirado punto de Paso del Norte donde había establecido su gobierno, y la esperanza que tenía de que con sólo

prolongar la lucha lograría el triunfo, cansando y fatigando á las tropas francesas. El párrafo decía así: «Aun no emprenden los franceses su marcha para este punto, y si por el interior se les sigue llamando la atención, muy difícilmente podrán venir hasta aquí. Ya les comienza á agobiar el cansacio y la miseria. Otro poco de tiempo y de constancia bastará para derrotarles».

Como D. Benito Juárez no le decía en su carta á don Epifanio Huerta si ponía ó no bajo sus órdenes alguna division, sinó simplemente que fuera para utilizar sus servicios, el segundo dirigió al ministro de la Guerra una nota, haciendo algunas justas reflexiones. Le decía en ella, que la ocupacion de Méjico por el ejército francés quitaba á los defensores del sistema republicano el uso de los medios ordinarios de comunicacion, y daba á los extraordinarios una inseguridad absoluta que impedía tener una correspondencia regularizada con el supremo gobierno constitucional; que esta circunstancia le hacía desconfiar mucho del éxito de la ejecucion de la orden; que la falta de una autorizacion competente le ponía entre sus antiguos subordinados, sujeto á mil contratiempos, en la inaccion más completa, y reducido á solicitar un auxilio de algunas de las fuerzas que combatian por las instituciones republicanas; que esta situacion violenta le ponía en una condicion bien desfavorable, porque nada haría ni le sería permitido hacer, sin un carácter oficial que le diese alguna participacion en los sucesos públicos; que su mision, en ese caso, sería estar errante y léjos de las operaciones de la guerra hasta que llegase la época indeterminada de recibir las instrucciones del gobierno y

el señalamiento de su nuevo puesto en la lucha; y que creía que los inconvenientes referidos se preservarían con facilidad, si en lugar de ir al país á avisar para esperar las disposiciones del gobierno, le mandase sus órdenes á Nueva-York donde se hallaba, para abreviar así el tiempo y evitarle las calificaciones que se harían de su retraimiento de los acontecimientos en que le colocaba la superior prescripcion del ministerio de la Guerra. «Me parece inútil», decía el último párrafo de la nota, «seguir presentando á su inteligencia y buena penetracion todas las razones é inconvenientes graves que hay para desprenderme de los Estados-Unidos, sin ir investido de un carácter que me dé facilidad para comenzar á trabajar cuanto pueda en provecho de los derechos é independencia de Méjico, desde el primer momento en que pise su territorio».

Queriendo D. Epifanio Huerta, mientras recibía la contestacion de su gobierno, aprovechar su permanencia en los Estados-Unidos para procurarse elementos de guerra, sin los cuales nada podría hacer en Méjico, aun cuando reuniese allí la gente necesaria para emprender la campaña, solicitó algunas personas que pudieran proporcionarle armamento y vestuario, ofreciéndoles arreglar el pago de los expresados efectos, en bonos de los emitidos entonces por el empréstito mejicano. Al efecto escribió varias cartas á D. Matías Romero, ministro de D. Benito Juárez cerca del gobierno de los Estados-Unidos, que fueron contestadas con halagadoras promesas; pero sin que en realidad le auxiliase en nada.

Todos los mejicanos contrarios al imperio que habían

emigrado á los Estados-Unidos, así como los oficiales prisioneros que se hallaban allí esperando la ocasion oportuna de poder entrar en su patria para continuar la lucha, trabajaban con infatigable actividad contra el nuevo orden de cosas establecido en Méjico.

Desde la ocupacion de Chihuahua por las tropas imperialistas y la retirada á Paso del Norte del gobierno de

1865. D. Benito Juarez, los republicanos mejicanos
Setiembre. refugiados en los Estados-Unidos duplicaron sus esfuerzos por conservar hácia su causa las simpatías de los hombres que regían los destinos de la nacion norte-americana. De igual manera obraban por su parte los que combatían con las armas en la mano contra el imperio, pues temían que si faltaba el ruido de las armas, los Estados-Unidos, juzgando impotentes para alcanzar el triunfo á los que defendían las instituciones republicanas, reconocieran al gobierno de Maximiliano, que era dueño de todos los puertos, de todas las capitales, de todas las ciudades y de todas las poblaciones, en fin, de alguna importancia.

Algunas señales habían visto que les hacían temer que al fin fuese reconocido el imperio. La Exposicion de los comerciantes de Nueva-York podía encontrar eco en las demás clases de la sociedad y disponer el ánimo del gabinete de Washington. La actitud del presidente Johnson aparecía, por otra parte, bastante equívoca respecto de sus relaciones con el gobierno de D. Benito Juarez, establecido en el confin de la nacion mejicana, y aunque es cierto que no había reconocido el imperio, tambien lo es que aparecía bastante tibio respecto del gabi-

nete de Paso del Norte. Un artículo que apareció en el periódico intitulado *The Times*, órgano de Mr. Seward, ministro de Estado de la república norte-americana, no era el más á propósito para desvanecer los recelos de los contrarios al imperio. En él se decía en sustancia, «que no teniendo D. Benito Juarez ejército organizado, ni Tesoro, ni punto fijo de residencia, carecía de posibilidad para continuar las operaciones militares, y que debía comprender que le quedaban muy pocas probabilidades de buen éxito.»

Sostener la lucha á todo trance era, pues, lo que juzgaban necesario D. Benito Juarez y los que defendían los principios republicanos para que el gobierno de los Estados-Unidos no reconociese al de Maximiliano. Mantener

1865. guerrillas en diversos Estados, aun cuando
Setiembre. se viesen precisadas á esquivar todo combate sério, fatigando á sus contrarios con marchas y contra-marchas, desapareciendo instantáneamente de un punto amenazado para aparecer de repente amenazando otro muy distante, era lo que procuraban los que combatían el imperio, entre tanto que llegaba el plazo en que debían volver las tropas expedicionarias á Francia, ó el gabinete de Washington proporcionaba á los que defendían las instituciones republicanas todos los recursos y ponía dificultades al gobierno imperial con su política.

Concluir con todas las guerrillas por medio solo de columnas puestas en movimiento en aquel vasto territorio no organizando un numeroso ejército mejicano, era imposible. Las fuerzas francesas eran pocas para poder fraccionarse en todos los puntos y dar á la vez guarniciones.

La extension de Méjico es de ciento catorce mil leguas cuadradas, con grandes desiertos, bosques y montañas, con caminos en muy mal estado en su mayor parte, á causa de las continuas revoluciones en que había estado envuelto, y no era posible reducir á un estrecho limite á las guerrillas. Estas, montadas en caballos de que se proveian en las haciendas de campo, diseminadas por todo el país á distancias considerables unas de otras, marchaban rápidamente de un punto á otro, haciendo inútiles las combinaciones de sus contrarios.

A entorpecer aun esas combinaciones llegaba algunas veces la falta de modestia de algunos jefes belgas cuando se veían subordinados á un jefe mejicano de mayor graduacion. Así sucedió en el Estado de Michoacan con algunas disposiciones dictadas por el valiente coronel mejicano D. Ramon Mendez, al teniente coronel belga, Vander-Smissen. Este se negó á obedecer las órdenes de aquel, devolviendo todas las comunicaciones del jefe mejicano, sin haberlas siquiera leído. El coronel D. Ramon Mendez, comandante de Michoacan, podía haberle sujetado, por insubordinado, á un consejo de guerra; pero usando de moderacion para evi-

tar un conflicto, elevó su queja al general 1865. Setiembre. en jefe Bazaine y al ministerio respectivo.

Refiriéndose á este hecho que debía haber sido castigado severamente, decía una comunicacion de 28 de Setiembre, dirigida por el Gabinete particular al emperador lo siguiente: «La correspondencia de Mendez es muy medida; hace resaltar que Vander-Smissen no solo ha negado su obediencia y la de su tropa, sinó que ha devuel-

to sin enterarse de su contenido, todas las comunicaciones dirigidas por el comandante de Michoacan. Son muy juiciosas las observaciones del ministro de la Guerra. La carta extraoficial de Vander-Smissen expresa una resolucion firme. Dice el mariscal que iba á dar orden á Vander-Smissen para que venga inmediatamente á Méjico, y mandarle entregar el mando al oficial de mayor graduacion, el cual al mismo tiempo recibirá instrucciones que no le permitirán sustraerse de la obediencia debida á un coronel. Parece que á pesar de las benévolas intenciones de V. M., es bien difícil conservar al teniente coronel Vander-Smissen..... Si al contrario quiere conservar el emperador, como el mariscal desea organizar una expedicion formal en Michoacan, en cuanto lo permita el tiempo, podría entonces Vander-Smissen tomar naturalmente el mando bajo un general francés.

«De todos modos, en todo este asunto ha dado Mendez pruebas de mucho tacto, y, á fin de devolverle el prestigio disminuído por la conducta de Vander-Smissen hácia él, creo que sería conveniente nombrarle general de brigada..... Mendez, ascendido á general, sería el hombre propio para ese mando que comprende Michoacan...»

Para evitar que otro imitase la conducta observada por Vander-Smissen contra un jefe de superior graduacion, debió el emperador Maximiliano haber hecho que se castigara conforme á ordenanza, la insubordinacion del jefe

belga; pero en vez de obrar con esa justa 1865. Setiembre. titud, contestó en carta escrita en Chapultepec el 30 del mismo mes, estas palabras: «Me parece muy buena la idea de hacer que Vander-Smissen venga á

Méjico: cuando venga veremos si puede ó no puede quedarse en el país». Llamado con efecto á la capital, la mayor parte de los oficiales de su cuerpo renunciaron sus empleos. Informado el emperador Maximiliano de ese acontecimiento verdaderamente escandaloso del cuerpo belga, decía el 12 de Octubre, que deseaba «que se le hiciera una proposicion para castigar su indisciplina y falta de subordinacion.»

No tenía necesidad, en manera alguna, de que se le hiciera proposicion de ninguna especie para castigar. Si anhelaba que al teniente coronel Vander-Smissen y á sus oficiales se les aplicase el castigo que merecían, le habría bastado con ordenar que se les juzgase conforme á ordenanza, ó que les hubiera hecho embarcarse inmediatamente para Europa. Puesto que se exigia, como era justo y conveniente, mantener la disciplina en las tropas mejicanas, el emperador debía haber cuidado de que los jefes y oficiales de ejércitos europeos que se les había citado como modelos de subordinacion, de órden y moralidad, no faltasen á la primera de la manera que acababa de efectuarse en el cuerpo belga. Debía suponer que los mejicanos á quienes se aplicase el castigo por faltas iguales en lo sucesivo, tendrían justo derecho para quejarse del privilegio que al cuerpo auxiliar belga se le concedía y de la parcialidad con que se le trataba. Y atendible hubiera sido la queja; pues era cierto que á la parcialidad con que la emperatriz Carlota veía á sus compatriotas belgas, á su favorable disposicion hácia ellos, se debió que sus faltas quedasen sin el correctivo necesario.

Acaso encontró el emperador Maximiliano un motivo

para escribir los renglones poco severos que trazó el 30 de Setiembre en Chapultepec, respecto de Vander-Smissen, porque ese día fué el señalado para la inauguracion de la estatua de Morelos, en memoria del natalicio de este caudillo de la independenciam, y quería mostrarse generoso con todos.

Desde muy temprano el emperador y la emperatriz se dispusieron para dirigirse á la plazuela de Guardiola donde se había colocado ya la estatua durante la noche del 29 al 30, y que se hallaba cubierta con un velo hasta el momento de la ceremonia. Eran las ocho de la mañana cuando Maximiliano y su esposa llegaron al sitio en que iba á verificarse la inauguracion. Las tropas estaban vestidas de gala y formadas hasta la plazuela, para dar mayor solemnidad al acto. Las músicas de los regimientos tocaron la marcha nacional al presentarse los soberanos, y las aclamaciones de millares de personas que habían acudido al sitio de la escena, resonaron por todas partes. El emperador y la emperatriz, en pié sobre el estrado frente á la estatua, cubierta aún con el velo, dejaban ver en sus semblantes la satisfaccion que experimentaban al honrar la memoria de uno de los patricios que lucharon por la emancipacion de su patria.

Al pié del monumento, el abogado D. Miguel Hidalgo y Terán leyó un discurso en honor del caudillo cuyo natalicio se celebraba de aquella manera solemne.

Terminada la lectura, y cuando aun no espiraban las aclamaciones á los soberanos, repetidas por los altos funcionarios que les rodeaban, el emperador, bien fuese por un sentimiento espontáneo del corazon, bien porque fue-

se inclinado al aura popular, dijo, mirándose rodeado de elevados personajes: «No veo á mi derredor sinó personas tituladas: que se llame á todos los buenos mejicanos; quiero verme rodeado de mi pueblo.»

En el momento se abrió paso á la multitud que invadió toda la plazuela, dando vivas al emperador y á la emperatriz. Maximiliano entonces pronunció estas palabras que fueron escuchadas con extraordinaria atencion:

«Celebramos hoy la memoria de un hombre que salió de la más humilde clase del pueblo; que nació en la oscuridad, y que ahora ocupa uno de los más elevados y más ilustres puestos en la gloriosa historia de nuestra patria. Representante de las razas mixtas, á que el falso orgullo de los hombres separándose de los preceptos sublimes de nuestro Evangelio, no da el aprecio debido, escribió con letras de oro su nombre en las páginas de la inmortalidad. ¿Y cómo logró esto? Con dos cualidades que forman la virtud del verdadero ciudadano; con el patriotismo, y con el indomable valor que da la convicción.

«El quería la independencía de su país; la quería con la conciencia de su causa; y Dios, que ayuda siempre á los que tienen fé en su mision, lo dotaba con las singularidades de un gran caudillo.

«Hemos visto al humilde hombre del pueblo triunfar en el campo de batalla; hemos visto al sencillo cura gobernar las provincias de su mando en los difíciles momentos de su penosa regeneracion, y lo hemos visto morir físicamente derramando su sangre como mártir de la

libertad y de la independencía; pero ese hombre vive moralmente en nuestra patria, y el triunfo de sus principios es la base de nuestra nacionalidad.

«Méjico tiene la dicha, como país libre y democrático, de mostrar la historia de su renacimiento y de su libertad, representada por héroes de todas las clases de la sociedad humana, de todas las razas que ahora forman una nacion indivisible. Esa dicha constituye su porvenir. Todos han trabajado con el mismo valor, con el mismo celo patriótico por el bienestar del país; todos tienen el mismo derecho á gozar los frutos de su cruenta tarea y de plantear así la igualdad, que es la sola y verdadera base de una gran nacion que se respeta.

«Que el monumento que ahora inauguramos en el centésimo aniversario del nacimiento del ilustre Morelos, sirva de estímulo á las nuevas generaciones para que aprendan del gran ciudadano las cualidades que forman la fuerza y lo invencible de nuestra nacion.»

Pronunciada la última palabra, se descubrió la estatua de Morelos, y resonaron por todas partes los gritos de ¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz.!

1865. El discurso de Maximiliano, ensalzando Setiembre. justamente al hombre más notable por su entereza, su capacidad militar y sus brillantes acciones de guerra que figurara en la empresa acometida por el cura Hidalgo, haciendo resaltar que salió de la más humilde clase del pueblo; el deseo que había manifestado de que la multitud se acercase á escuchar las palabras que iba á pronunciar en elogio del caudillo memorable cuyos padres fueron un pobre carpintero y la hija de un maestro de

escuela, y la manera llana de presentarse con la emperatriz para un acto en que no parecía necesaria la presencia de esta, parecen que están indicando un deseo ardiente del emperador en hacerse popular. Queriendo al mismo tiempo el emperador que reinase entre la raza blanca y las demás que existen en la nacion mejicana, la más completa armonía, dice que Morelos perteneció á la raza mixta. Justo era este deseo de Maximiliano, puesto que él acababa de expedir un decreto para la introduccion de colonos africanos, indo-asiáticos y chinos; como deber de justicia á los mejicanos, me creo en la obligacion de decir, que entre la raza blanca y la que descende del cruzamiento de la española y la india, jamás se han suscitado diferencias; que siempre se han juzgado mutuamente iguales; ó mejor dicho, que nunca dejaron de estar fraternalmente unidas, considerándose como una sola. Desde el tiempo del gobierno español existía esa igualdad y fraternidad, puesto que todos eran considerados españoles. La partida de bautismo de Morelos está asentada en el libro parroquial de los españoles, y en sus declaraciones se juzgó él mismo español. Las revueltas de raza no existían, pues, entre los de origen enteramente blanco y de indio y blanco: el antagonismo existía en la raza negra y mulata, contra las dos primeras, que consideraban una misma. El emperador no tuvo presente que precisamente por esa prevencion de la raza negra y mulata contra las otras dos que calificaba de raza blanca, se formó una conspiracion entre algunos individuos de su propio ejército en el punto llamado el Veladero, siendo el plan de Tavares, Mayo y David que lo promovie-

ron, asesinar á todos los blancos, personas decentes y propietarios, empezando por el mismo Morelos, que era considerado como perteneciente á la raza blanca.

Este ejemplo le debia haber servido de aviso al emperador para abstenerse de decretar la introduccion de la raza africana y de otras de color que podían algun día poner en conflicto á la sociedad blanca, en la cual incluyó á la que descende del cruzamiento de la raza española y de la india.

En esos discursos pronunciados para causar efecto raras veces se guardan religiosamente los fueros de la verdad histórica.

Quien no conozca los acontecimientos más que por lo que los oradores presentan en ellas, puede decir que nada ha aprendido.

Si el mismo orador, como le sucedió á Maximiliano, no analiza las causas de algunos hechos alarmantes, sinó que aumenta aquellas por no haber examinado las segundas, mal pueden sacar provecho de esas alocuciones las masas del pueblo que las escuchan.